

tragicomedias de la calle? ¿Por qué tú, poeta de lo tierno, te has vuelto defensor de lo injusto? ¿Por qué en vez de escribir poemas, escribes libelos políticos? ¿Por qué ennegreció el odio tu alma serena, como cuando alguien revuelve el lodo del cauce para obscurecer la transparencia de las ondas? ¿Por qué no estás con nosotros, alma contemplativa y piadosa?

¡Oh, buen Coppée, he aquí a dos de tus héroes; un viejo y una niña, un gusano de la tumba y una mariposa del vicio, que se unen en un beso y una lágrima!

¡Si tú lo vieras, quizá volverías a escribir "Cuentos sencillos."

ANTEOJOS Y PALOMAS

En la oficina donde estoy empleado, frente por frente de mi pupitre apolillado y de forma arcaica—potro de tormento de diez generaciones de infelices—se abre una ventana, hermosa y amplia, que es la repartidora de luz y de alegría en el salón, húmedo, polvoso y tapizado de estanterías y legajos. Desde ella, cada vez que levanto la mirada, puedo ver un corredor cercano, cuyo pretil de mampostería sostiene una línea de macetas, una pared pintada de rosa en la que se destaca el verde fresco de las plantas florecidas, y en lo alto, un pedazo de cielo rasguñado aquí y allá por los alambres del telégrafo y las torres de fierro de los tinacos. Para mí, especialmente, la ventana es un cuadro animado que no deja de interesarme. Parece que escogí el sitio mejor y más conforme con mi temperamento, para vivir siete horas del día, entre guarismos. Mi trabajo consiste en formarlos sobre el papel, a manera de grandes batallones, y hacerlos evolucionar en ese campo blanco, y ejecutar con tal ejército las más difíciles maniobras. Doy un toque de atención y hago marchar las columnas de cifras..... tan! tan! en interminable desfile. La labor, en fuerza de monótona, ha llegado a ser mecánica y aburridora; pero es preciso ganar el pan, y aquí me estoy, encorvado sobre expedientes y cuadernos, ordenan-

do pelotones de números, haciendo largas sumas y multiplicaciones imposibles, en lucha perpetua con estas cantidades cuya significación y resultado no alcanzo, del mismo modo que el sargento no puede darse cuenta del plan de campaña del general. Ah! si estos números fueran alguna cosa: objetos, monedas, bultos; si me dijeran algo al pasar! Pero no. Conservan su misterio y su rigidez: son imperturbables, son abstractos: uno, dos, tres, cuatro, cinco.....

Por eso, la escapatoria de un instante, la repentina fuga de este cuartel de operaciones, consuela un poco mi fantasía. Dejo de ser máquina por segundos, y torno a ser hombre: por veloces intermitencias, pienso, y, como el filósofo, me doy cuenta de que existo. De ordinario, al entrar por la mañana en la oficina, o por la tarde, cuando se va la luz y el salón se oscurece hasta impedirme trabajar, tengo más tiempo de que vuela hacia la ventana alguno que otro sueño impenitente y terco. A veces, es preciso echar la persiana, porque el sol es muy insolente y me arroja a los ojos, para deslumbrarme, puñados de sus diamantes californianos, y el aire es muy travieso y se pone a jugar con mis papeles. A veces también me obligan mis compañeros de presidio a cerrar la vidriera: mis compañeros, viejos asmáticos, jóvenes anémicos y algunos cuarentones egoístas que ya se hicieron el ánimo de pasarse la existencia enclavados en sendas sillas. Sin embargo, a través de los vidrios opacos y sucios, sigo, cuando quiero, contemplando mi horizonte. Le ponen cristal a la pintura como si fuera un croquis corriente: pierde algo de su carácter; pero todavía se la ve simpática, alegre, sobre todo en tar-

des de lluvia, cuando los hilos de agua tejen en el viento sus caprichosos y sutiles encajes, y las gotas loquean y saltan al caer, como si tuviesen vida propia, haciendo mil ruidosas diabluras en los juncos colgados del muro, y en las flores, y en las hojas de las macetas. Mi cuadro tiene muy poco movimiento. Es un paisaje sin figuras. Suelen en un momento aparecer, por entre una mata de claveles o tras un penacho de margaritas, los semblantes cetrinos y vulgares de las muchachas indígenas que habitan en ese pequeño paraíso, plantado, para darnos envidia, frente a nuestro infierno burocrático. Pero son tan feas las pobrecillas—cabezas de ilustraciones de viajes al Africa—que, en lugar de aumentar, le quitan interés a la composición, y, la vez que en ella se presentan, tal parece que algún irreverente y mal intencionado, emborrónó con sepiá aquellas figuras groseras con el propósito de deslucir la delicadeza del fondo. En cambio, cuando una veintena de palomas se pára en el pretil de piedra y lo atraviesa a carreras y semivuelos, cualquiera, al verlo, diría que está mirando una linda acuarela. De buen tiempo a esta parte, las palomas han aumentado de un modo notable. ¡Qué sé yo! se han reproducido, o han venido de otros lugares, atraídas por la quietud y la frescura del corredor. Entre el refunfuño de los empleados que dictan cantidades o confrontan minutas, se oyen arrullos tristes, reclamos de amor y bulliciosos aleteos:—arias apasionadas, dúos encantadores que acompaña un coro de canónigos enronquecidos y soñolientos.—Las palomas no pueden vivir sin enamorarse, todo el día se cortejan: ellos son galanteadores de oficio; atrevidos, donjuanescos, románticos; ellas son tí-

midas y tiernas, con una sencillez voluptuosa y una docilidad para las caricias, verdaderamente conmovedoras. Aman para vivir, al aire libre, con unción, con recogimiento, olvidadas de cuanto les rodea, extáticas, como si estuviesen celebrando el rito de un divino culto. ¡Oh, aves de Venus!.....

Desde hace muchos días una pareja concibió un capricho extraño: anidar en este salón polvoso, sobre la cornisa de un viejo estante, en el hueco que dejan dos montones de expedientes que suben hasta el techo como dos columnas de cartón amarillento. Una mañana abrí la vidriera, y él, el enamorado, se coló de un vuelo en la oficina, saltó de acá para allá, como buscando un sitio que le conviniese, se paró sobre los legajos, recorrió las estanterías, y, en seguida, volvió a salir con una rapidez inesperada. Regresó acompañado. Venía con él una bella hembra, de blancura frágil y luciente, como de espuma de mar en plenilunio; le enseñó el hueco, la obligó, a fuerza de arrullos, a que lo escudriñara, le hizo juramentos, la sedujo con la ardorosa elocuencia de sus reclamos. Ella vaciló en un principio y al fin cedió a los ruegos; esponjóse en un estremecimiento de deseo, e inclinándose, clavó en su pecho de nieve el vívido coral del pico. A partir de aquel día, los dos amantes no cesaron de perturbarnos en nuestras labores; golpeaban los vidrios si la ventana estaba cerrada, picoteaban la persiana, y cuando abría yo, entraban sin miramientos, como en país conquistado, a decirse ternezas sobre el viejo estante, en el hueco sombrío de los montones de expedientes. Nos hicimos amigos. ¡Qué guapo era el seductor, y qué bien ataviado con su manto de tornasoles a la espalda, como bordado de pedrería,

y armiñado el pecho en el que brillaba, como un toisón de esmeralda, el collar de plumas joyantes! Ella, toda blanca, de nieve inhollada, se sentía orgullosa de su príncipe. Cantaba, mirándole, con un ritmo suave, casi imperceptible, como si estuviese desfallecida de emoción. En las primeras mañanas, me irrité, lo confieso: me distraían con su alharaca de alas y de arrullos aquellos recién casados; no oía bien las cifras que me dictaban los escribientes y equivocaba las sumas y las multiplicaciones. Mas llegué a acostumbrarme con la ruidosa compañía. Mientras yo sumaba, dos y dos son cuatro, ellos, se preguntaban la eterna pregunta: ¿Me amas? ¡De veras que estaban locos! ¡eran extravagantes y exquisitos, y buscaban sensaciones raras, nunca sentidas, como los modernos refinados! Tenían espacio, sol, cielo, flores, y preferían este salón triste, ese mueble apolillado, aquel rincón telarañoso y obscuro. Allá fuera trasciende a rosas; aquí huele a papel viejo, a ratones, a pobreza: el corredor es un pedazo de campiña; el salón es un cementerio de almas y de legajos. No obstante, ellos, a juzgar por sus aspavientos, encontraban el nido delicioso. Yo pensaba: si fueran golondrinas, me lo explicaría, pero palomas.....

Por supuesto que mis compañeros estaban furiosos: algunos se levantaban irascibles, y con los plumeros de los escritorios o con proyectiles de papel asustaban a Julieta y a Romeo. A la pareja le importaba un bledo esta conspiración armada: ¡bah! tenía alas, y cuando mucho se fastidiaba con semejantes demostraciones de descontento, se iba golpeando el aire enrarecido de la oficina, a seguir, en el pretil de piedra, su diálogo shakesperiano.

Cerrábamos la ventana; pero, a poco, era necesario volver a abrirla, porque nos asfixiábamos en aquella atmósfera cargada de miasmas y de guarismos. La ventana es nuestro único medio de ventilación. De modo que los enamorados regresaban con una terquedad irritante, sobre todo, para mis colegas, mis viejos colegas, habituados a no ser interrumpidos en su silencio de tumba ni en su actitud sedente de momias egipcias. Cuando el reloj acatarrado—una antigualla llena de polvo, como las mesas, los expedientes y los estantes—estornudaba las seis, oíase ruido de cajones que se cierran, de sillas que se remueven, de manos que se frotan, de pies que andan; el momento extraordinario de la libertad, el minuto de crisis en que recobramos nuestra actividad y nuestra conciencia. Al estrépito inusitado, las palomas se escapaban con la alegría de los meritorios que huyen del encierro, y volaban con tal satisfacción que, en muchas ocasiones, mientras cerraba yo la ventana, las vi perderse en el cielo de ópalo del crepúsculo.

Las consideré camaradas mías: llegaron a imponérseme, a sugestionarme. Gustaba de verlas allí, porque encontraba en ellas una metáfora viviente de mis versos, los que anidaban también entre cuadernos de números, y que se sentían arrojados por burlas y sarcasmos, y que provocaban las cóleras de los empleados cumplidos y serios..... Decididamente las aves se adoraban cada vez más; ya no salían de su rincón; ya casi no cantaban su estrofa de amor monótona y lacrimosa: por rarezza interrumpían el silencio, y mis irascibles colegas las echaban, de seguro, en olvido. Pero una tarde, al salir, cometieron grandes delitos: probable-

mente fiadas en el compañerismo, se atrevieron a pararse en la mesa del Jefe, a volar a ras del suelo por todo el salón, a volcar tinteros, a sacudir a aletazos cuadernos y libros, en un frenético aturdimiento, en una embriaguez alada, cuya causa parecía ser algo como un ciego pánico de pájaro asustado. El ansia de irnos nos impidió enojarnos: la escena se celebró con risas. Las palomas salieron al cabo, hasta pararse a lo lejos, en el travesaño de una torre de hierro. Todos nos fuimos de prisa; digo mal, no todos; un vejete bilioso, una momia egipcia, se quedó a componer su mesa, sobre la cual, el tintero derramado había pintado un soberbio atlas en la blancura del papel.....

A la mañana siguiente, al penetrar en el salón, noté que la ventana ya estaba abierta. ¡Qué raro!, yo era el que siempre me ocupaba en eso.....

El vejete, sentado frente a su pupitre, admirablemente arreglado, me contó sonriendo la historia: llegó temprano, apoyó la escalera sobre el estante, subió, hizo una trampa de expedientes, una ingeniosa trampa, un voluntario y rápido derrumbamiento, y abrió la ventana. Después, cuando llegaron Julieta y Romeo, se verificó la catástrofe. Sólo él murió; más atrevido o más enamorado entró el primero, y sucumbió en su audacia. Ella huyó, impulsada por el instinto..... Mi compañero sonreía: dentro de los vidrios de sus antiparras fosforecían sus pupilas vengativas.....

De entonces a acá han cesado los arrullos en la Oficina de la Estadística Fiscal. Ya no hay palomas en el corredor: las han prohibido.

Algunas veces, recuerdo a los amantes infortunados y me pongo melancólico a ratos: no me atre-

vo a asegurar que triste, porque. ¿qué va a decir el Ministro cuando sepa que un empleado de la Estadística se pone triste por la muerte de una paloma?

1906.

UN ENTREACTO DE "SANSON Y DALILA"

Acabo de salir del teatro. Como la función de esta noche no me obliga a plumar hasta muy tarde, he escrito un parrajejo de gacetilla, y a casa. Llego; enciendo la luz, y me pongo tranquilamente a reanudar mi interrumpida lectura de la mañana: «El nuevo ídolo» de Curel.

En las primeras páginas todo va bien; la atención, la meditación, el juicio; pero, poco a poco, involuntariamente, asaltado por vivas impresiones, mi cerebro se desliga de mis ojos, y mientras éstos aplican el mecanismo de la visión y recorren los renglones como una mano pasa por el teclado, aquél se entretiene en reproducir imágenes que retuvo la memoria, y que, a pesar mío, contra mi voluntad, me distraen y perturban. Sobre el libro abierto caen mis miradas; pero las palabras que, recogidas por la retina, resuenan dentro de mí, son tan faltas de sentido, tan incoherentes, que, cuando caigo en la cuenta de que no estoy para lecturas, abandono maquinalmente la tarea, enciendo un cigarro, y en la soledad de mi casa, le digo a esta desobediente imaginación lo que un padre le diría a una chiquilla traviesa y voluntariosa: «Vamos; te doy licencia de jugar; ¡cuidado con romper algo..... »

*
* *

Así sucedió. Durante un entreacto me fuí a charlar al escenario. Muchos años llevo de ser ratón de bastidores. Conozco esa negra caldera de brujo que se llama un foro, y estoy acostumbrado a ver hervir en ella las cosas más disímiles y antitéticas: la generosidad y el egoísmo, la adoración y el odio; la hipocresía y la sinceridad; los siete vicios y las siete virtudes en complicado e inconcebible maridaje. El arte de imitar la vida, de fingir las pasiones, de encarnar a otros hombres, de ser molde y patrón de almas y caracteres, de ser como vasija que hoy se llena de vino fuerte y mañana de miel clara, y luego de agua pura, y en seguida de espeso fango, este arte de metamorfosis y metempsicosis continuas, este forzado avatar, excita los nervios, irrita el temperamento, provoca hiperestesias dolorosas. La gente de teatro lleva una existencia amplificada y violenta. El hiperismo estético es la enfermedad dominante en el cómico. Hay en él una suerte de lenta deformación espiritual, algo de lo que le pasaría a un rostro si en fuerza de llevar siempre máscara, se amoldaran a ella sus facciones. A telón caído, un tablado me divierte lo indecible. Desde el trajín de los maquinistas, que es una tempestad, hasta el cuchicheo de los galanes de *camerino*, que es un susurro; desde el ir y venir de los mozos de la utilería—blusas de azul sucio, gorras viejas, zapatos torcidos—hasta el rondar de los admiradores—pecheras relucientes, fraques ceremoniosos, chocos deslumbrantes—hasta el brillar de las vestimentas fantásticas—mantos de púrpura, toisones

*
* *

de vidrios, falsos brocados—todo me deleita la vista y el oído, todo ejerce sobre mí fascinación, todo me sugiere ideas curiosas y raras emociones.

A telón caído fuime a charlar, durante un entreacto, al escenario. A la puerta cerrada, de los cuartos de los artistas, algunos lechuguinos empomados, y uno que otro viejo impertinente, esperaban el momento de que se abrieran aquellos tabernáculos del tenor y de la contralto, para lanzar, a voz en cuello, las triviales y gastadas galanterías..... y también para pedir su retrato a Sansón y ver de cerca los brazos de Dalila. (Algo se pesca.)

Entre aquella batahola de turbantes judíos y de cascos filisteos, mientras se arreglaba el aparato del trueno, y se ensayaba el carro de la lluvia y se desenmohecía la rueda del viento, y sobre los campos de Palestina se probaba el efecto del relámpago entre aquel bullicio de conversaciones y martillazos, entre aquella muchedumbre de artistas, coristas, comparsas y visitantes, de trajes talaes y de casacas puntiagudas, me llamó la atención una figura de mujer, una sacerdotisa, vaporosamente vestida de gasa rosada, y en la rubia cabeza, una áurea y pulida diadema que ennoblecía un rostro de líneas desmedradas y vulgares. Estaba cerca del muro, en actitud de pereza triste, recargada en un palitroque del escenario. Era una bailarina. Me fijé, hice un esfuerzo de memoria, retoqué imaginativamente la cara, corregí la silueta, y con indecisión y a la vez con curiosidad, acerquéme a la displicente filisteo.

34504

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1923 MONTERREY, MEXICO

La bailarina me vió llegar, me reconoció y me tendió la mano. Era ella, la gruesa, la frescachona, la jovial muchacha que hace un año, en el teatro, en el café, en calles y plazas, pasaba encendiendo deseos y derramando risas. Era la coquetuela inasible, ligera como una corza, escurridiza como una anguila que se deslizaba y se desprendía, burlona, de las crispadas manos del pecado. Vino a México como las otras, como sus compañeras, porque allá en Italia hay mucha pobreza y poco trabajo; porque en esa vida trashumante del teatro nace un vivo e instintivo anhelo de «correr tierras,» y porque una ambicioncilla loca, la ilusionó, como a los Conquistadores, con la esperanza de hallar oro en este lejano rincón del mundo. Sí lo halló, y no en las orgías a que la invitaba el libertino elegante, ni en las cartas que le escribía el sensual hipócrita, sino en un corazón enamorado, que le repitió mil veces en el idioma en que Petrarca lo dijo: Te amo.

La muchacha jovial, pizpireta, frívolamente calculadora, la rolliza y blanca muchacha, dejó de sonreír; se enserió.

Así la dejamos al principiar un idilio que llevaba igual sendero que el de todas estas fábulas de bastidores; el amor frágil, el desencanto prematuro y el bienhechor olvido al doblar la hoja.

La dejamos seria, y ahora la encontré triste.

Una bailarina triste es un contrasentido. La carne de placer no es posible que tiemble de dolor.

No se concibe que tengan pena las *marionetas* del gozo. ¡Ea! muñecas de la voluptuosidad, a despertar la tentación, a seguir el ritmo de la marcha de la faunalia.....

—¿Y qué te dejó?

—Me dejó al niño.

Y siguió la sacerdotisa un relato cordial entremezclado de voces italianas, palabras triestinas, disparates castellanos, trufado de interjecciones canallescas, completado con ademanes elocuentes, subrayado con mímica de *meneur*, pujante, vivo, enérgico, rebosante de angustia, de sinceridad y de verdad. Había yo llegado en el momento en que aquella alma tenía necesidad de abrirse en una expansiva confianza. Me contagié de sus pasiones, las sentí, las viví.

Sí, era una infamia; el engaño, no; el abandono, no; la cobardía. Ese muchacho pensó que una bailarina debe ser mujer, pero no tiene derecho a ser madre. Cuando salió de su error se acobardó. Y el *Lovelace de biscuit*, el aristócrata efébo, volvió sobre sus pasos, recordó la nobleza de su estirpe, la pureza de su nombre, y ante la mirada atónita de aquella frívola *ragazza* que quiso cambiar su inquieto oficio coreográfico por el sereno oficio de la maternidad, la llama del amor se fué extinguiendo, extinguiendo, hasta que se apagó en la tiniebla, una tiniebla de odio, de infortunio y de remordimiento. El estará en el palco, acicalado y presuntuoso, mientras ella gira en el tablado a compás de los exquisitos bailables. Para él una dorada aventura; para ella, una sombría desgracia.

—Mi madre es vieja, vive en Trieste, me pide dinero; no sabe que tengo un hijo. ¡Pobrecito! Allá arriba está, en mi cuarto; tiene cinco meses y necesita de mí para alimentarse; lo traigo siempre conmigo; a los ensayos, a las funciones; a veces no quieren darme trabajo por eso, porque estorba la criada que lo carga, porque llora el niño

Y la sacerdotisa filistea se limpió furtivamente una rebelde lágrima.

Sonó la tercera llamada. Todo el mundo fuera del foro. Me despedí de la bailarina con aparente indiferencia.

Soy de los que no gustan de exhibirse ni por fuera ni por dentro.

Me senté en mi butaca dispuesto a aplaudir la gran escena de la bacanal.

Y la aplaudí, en efecto. Y aquí estoy en mi casa, después de la función, sin poder leer y sin poder dormir; distraído e insomne. ¿Y por qué? Por una tontería, por un episodio común y corriente; por un cuento, seguramente exagerado, que quizás ni cierto resulte.

Parece que me voy a pasar la noche enredando y embrollando filosofías lacrimosas. No es ésta la primera ni será la última vez

Decididamente soy un romántico cursi.

Y mis críticos (según es el santo es la peana), esos desocupados que no hallando en qué perder el tiempo se entretienen en hablar mal de mí; esos que me llaman «cerdo azul,» y «lechón cebado» y otras lindezas porcinas, mis señores críticos, ahora que me motejo de «romántico cursi,» exclamarán a una:

—A confesión de parte.....

Y tendrán razón.

1905.

CRONICAS SOÑADAS.

SUBJETIVISMOS.

BIBLIOTECA ALFONSIÑA